La humildad del poder

Tiempo de lectura: 2 min.

Meritxell Batet

La democracia es, ante todo, una forma humilde de organizar el poder: humildad hecha institución. Es un régimen pensado para gente que sabe que puede equivocarse. Y de esa humildad nacen, en un solo movimiento, dos advertencias, dos monstruos que hoy acechan con fuerza a todas las democracias.

El primero dice que la mayoría es el pueblo, y que el pueblo siempre tiene razón. Suena democrático, y es justamente lo contrario. Quien cree que ganar da la razón ya no necesita la democracia, porque no tiene nada que preguntarle a nadie. Confunde el poder con la verdad, y quien confunde ambas cosas termina, tarde o temprano, dejando de contar los votos que le estorban.

El segundo monstruo es más silencioso. No tiene cara de tirano ni de burócrata gris: tiene la cara del graduado brillante, bienintencionado, impaciente, del que ha triunfado y ostenta un estatus. Tiene la cara de quien está seguro —a menudo con

razón— de saber más que los demás, y que por eso se cansa de convencer a sus iguales. “Para qué debatir esto, si ya sé la respuesta”, piensa. Ese cansancio se llama tecnocracia: la tentación de sustituir el gobierno de los ciudadanos por el gobierno de los que saben. Confunde la verdad con el título para mandar.

La simetría entre ambas amenazas no es difícil de ver. El populista une poder y verdad por el lado del poder: la mayoría tiene razón. El tecnócrata los une por el lado del saber: quien sabe debe mandar. Los dos abolen lo mismo: la distancia entre saber y decidir, que es exactamente el espacio donde vive la libertad. Kelsen lo vio con una claridad admirable hace ya un siglo.

De ahí la lección más difícil de aprender, la que solo se entiende del todo cuando se ha estado dentro del poder: el día en que más importa recordar que ganar no da la razón no es el día en que pierde el adversario. Es el día en que ganan los propios.

Porque no todos los poderes son el mismo poder. Hay un poder que sabe que no es la verdad, y que por eso acepta que lo limiten, que lo contradigan, que lo derroten y lo releven. Y hay un poder que se cree la verdad, y que por eso no tolera límite, ni contradicción, ni recuento que lo desmienta. El primero es el poder democrático; el segundo, su falsificación.

Ese es el momento de verdad de una democracia: no cuando el poder gana, sino cuando acepta perder sin romper la mesa. Ahí se revela si un sistema es en verdad humilde o si solo simulaba serlo mientras ganaba. La prueba no llega en la victoria, que no exige nada, sino en la derrota, que lo exige todo: reconocer el resultado, entregar el cargo, aceptar que el recuento —por incómodo que sea— vale más que la convicción de tener razón.

Distinguir estos dos poderes, y recordar cuál de ellos queremos ser incluso cuando perdemos, es quizá la tarea cívica más urgente de nuestro tiempo.

https://elpais.com/espana/catalunya/2026-07-28/la-humildad-del-poder.html

ver PDF
Copied to clipboard